

Serrat.

Se hace camino al cantar

LUIS GARCÍA GIL

Alianza editorial

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Luis García Gil, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-611-8
Depósito legal: M. 654-2024
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

1. El sol nos dice que llegó el final.....	9
2. Canción de cuna que me hablaba	15
3. Ahora que tengo veinte años y siento bullir la sangre ..	23
4. Yo canto a la mañana que ve mi juventud	31
5. Palabras de amor, sencillas y tiernas	49
6. Otra canción, otra ilusión, otras cosas.....	59
7. Caminante no hay camino se hace camino al andar.....	75
8. Yo no prometo nada, solo camino	95
9. Con estas manos de quererte tanto	109
10. Tenía una casa sombría que madre vistió de ternura..	127
11. Qué le voy hacer, si yo nací en el Mediterráneo	133
12. Para la libertad sangro, lucho, pervivo.....	145
13. Llantos y versos, juegos y amores	155
14. Entre cantares por soleares.....	177
15. La vida no vale nada cuando otros se están matando....	187
16. Porque la canción canta	197
17. Hijo de Ángeles y Josep, natural de Barcelona	215
18. Antes que nada, soy partidario de vivir.....	227
19. La vida es cosa de valientes	243

20. Que todo el mundo sepa que el sur también existe	251
21. Bienaventurados los que lo tienen claro.....	257
22. Aquella vieja canción que solo sabemos	263
23. Sin utopía la vida sería un ensayo para la muerte	275
24. Música, bendita música	289
25. Canto las esperanzas y lloro la poca fe	299
26. Viene del Poble Sec ese atorrante... ..	319
27. Las manos del sueño siempre traen	327
28. Que la vida es senda rara y en la vida todo es ir	339
29. Fue sin querer, es caprichoso el azar	347
30. A veces llueve en el corazón.....	357
31. La muerte le hace la segunda voz.....	369
32. Envejecer, morir, es el único argumento de la obra....	381
Epílogo. Hasta que hay que decirse adiós.....	395
Notas	407
Bibliografía	423
Discografía en solitario de Serrat.....	431
Playlist comentada de Serrat en Spotify	437
Serrat en vivo	447
Dedicatorias y agradecimientos	455
Créditos fotográficos.....	458
Índice onomástico	459

El sol nos dice que llegó el final

Fiesta
(1970)

Serrat se despide de los escenarios del mundo en Barcelona, la ciudad que le vio nacer un 27 de diciembre de 1943. La ceremonia del adiós culmina en el Palau Sant Jordi de Barcelona el 23 de diciembre de 2022. Han pasado setenta y nueve años desde que su madre Ángeles Teresa le trae al mundo. Debía en aquel entonces morder el frío de la posguerra, que no es el mismo frío más agradable de la Barcelona que dice adiós a Serrat en tres noches memorables como culminación de su gira *El vicio de cantar*. Tampoco es el mismo frío invernal de esa Nueva York en la que Serrat comienza la ceremonia del adiós en el Beacon Theatre, a finales del mes de abril 2022.

Todo tiene su fin o ha de tenerlo. De Nueva York a Barcelona y entre medias todo un caudal de emociones, de sensaciones últimas en los muchos lugares en los que ha amado la vida y en donde sus canciones se han convertido en parte de la gente, parte de sus vidas, de sus sueños y desvelos.

Serrat en la Nueva York de la estatua de la libertad que citaba en la canción de ascendencia brechtiana «Detrás, está la gente». La gran urbe en la que ya había tocado otras veces ante una comuni-

dad preferentemente latina, durante el exilio, en 1976, en un año de experiencias, sacudidas vitales y extrañamientos; la misma Nueva York de tráfago, humo y rascacielos en la que llegó a quedarse sin voz treinta años antes de su último recital neoyorkino, durante la gira del disco *Utopía*, al comienzo de un recital en el Lincoln Center, por las inconveniencias generadas por un proceso catarral. Aquella vez tuvo que interrumpir «Para la libertad» cuando llevaba una hora de concierto. «Esto no me había pasado en los 27 años que llevó cantando; voy a seguir por ustedes, pero no estoy en condiciones de ofrecerles lo que merecen. Quiero que sepan que los que quieran recuperar el dinero de su localidad pueden hacerlo», llegó a decir Serrat ante una audiencia que le respondió ovacionándole de manera atronadora y que le ayudó a culminar aquel recital por el que se pagaron hasta 40 dólares, al cambio de la época unas 4.000 pesetas. Aquella afonía la resolvió encomendándose a Charles Aznavour, uno de sus referentes de la canción francesa, que afirmaba que los cantantes de 20 años hablan con su público por un deseo de expresarse, con esa urgencia que solo la energía de esos años da. Con 30 años se hace por un deseo de puntualizar y a partir de los 40 por una mera necesidad de recuperar el aliento.

Todo debía tener un comienzo y un final. El primer recital lo había dado en Esplugues, pequeña ciudad que entonces pertenecía al Barcelonés y que en la actualidad forma parte del Bajo Llobregat, en el Centro Cultural L'Avenç. Ese fue el principio de todo y allí volvió para tocar en 2006, porque había que regresar a esos lugares determinantes de donde se partiera, a aquellos primeros pasos del largo camino que le llevaría a alcanzar la trascendencia en el difícil ámbito de la música popular. Serrat y Esplugues, Serrat y la Nova Cançó, Serrat y el Poble Sec de la niñez, de los orígenes charnegos, de su madre aragonesa, del zarandeado Belchite, susurrándole aquella nana que decía: «Por la mañana rocío / al mediodía calor / por la tarde los mosquitos / no quiero ser labrador...», la nana cantada con su ya característico vibrato en «Cançó de bressol».

Del pequeño Esplugues al Beacon Theatre de la infinita Nueva York donde arrancó *El vicio de cantar*, título indicativo de quien no solo descolló en el arte de escribir canciones, sino en el de ser,

desde el primer momento, un intérprete singularísimo de las mismas, y no solo de las propias, sino de aquellas otras canciones que sintió como propias, parte de su acervo, de su espíritu, de su esencia.

El cantautor catalán, inmerso en la ceremonia del adiós, va a firmar su tercer y último recital multitudinario de los programados en el Palau Sant Jordi ²²*, imponente recinto que había ideado el arquitecto japonés Arata Isozaki y que se construyó en 1990 con vistas a los Juegos Olímpicos de Barcelona. Serrat ya había actuado otras veces en ese escenario, como cuando presentó en 1996 su extraordinario homenaje a la Cançó, *Banda sonora d'un temps d'un país*, en un único recital de una gran carga simbólica. El Palau Sant Jordi fue también testigo de la presentación de *Serrat Sinfónico*, otro mes de diciembre, pero de 2003. Casi veinte años más tarde Serrat ya no frisa los sesenta, sino que está próximo a cumplir ochenta años. Ha decidido poner punto final a una carrera indiscutible, vertiginosa, imparable, en la que ha sabido equilibrar con admirable precisión, como escribió Manuel Vázquez Montalbán a principios de los años setenta, al poeta con el «industrial de la canción», saliendo airoso de esa difícil convivencia.

Para sus últimos recitales barceloneses Serrat adelgaza parlamentos, diálogos con su público, chascarrillos nostálgicos que han constituido parte de los recitales guionizados por el director teatral Joan Ollé para su gira final. Sus últimos conciertos se han terminado despojando del lastre de lo accesorio. Además, permiten disfrutarlo y comprenderlo en el equilibrio bilingüe de su obra, en la alternancia de sus dos lenguas, la catalana y la castellana. El Serrat integrador, el de los mundos sutiles del magisterio machadiano, el charnego, el que decía que la mejor definición de patria se la había dado su madre cuando dijo que la patria era donde comían sus hijos.

«Serrat: el último gran día», titula su reseña Luis Hidalgo en las páginas de *El País*¹. Es una crónica respetuosa que difiere de aquella otra nada complaciente que le dedicara cuando presentó *Material sensible* en el Palau de la Música. *Temps era temps*. Serrat

* Selección de vídeos comentados en «Serrat en vivo» (pp. 447-454).

de americana marrón estampada, camisa y pantalón negros de calle. El último traje del artista en su último recital con el presidente Pedro Sánchez entre el público. Serrat que profesó con espíritu crítico y nada servil el socialismo y vio pasar otros presidentes socialistas, el primero Felipe González en los eufóricos, pero también desencantados, años ochenta y luego, también, José Luis Rodríguez Zapatero para el que hizo campaña en 2008 y grabó una versión especial de su canción «Defensa de la alegría» de Benedetti con Miguel Bosé, Sabina, Ana Belén, Sole Giménez y hasta Fran Perea.

Serrat en el adiós abriendo su recital con «Temps era temps». Siguiendo la escalada emocional e íntima con «Seria fantàstic», «Me'n vaig a peu», «Cançó de bressol», «No hago otra que pensar en ti» o «Hoy puede ser un gran día». Rebosante de himnos como «Cantares», «Para la libertad», «Mediterráneo» o «Paraules d'amor» hasta ese final distintivo cuando, fuera de programa, él mismo escogió como última canción para decir adiós «Una guitarra», composición primigenia, casi fundacional, como si con ello regresara a la matriz, al origen mismo de su canto, a esa guitarra que con sus ahorros le regaló su padre y que cambió su destino.

«Una guitarra» formaba parte de su primer disco de cuatro canciones grabado en 1965 con el sello Edigsa. Existe una grabación sonora de la interpretación de esta canción, cantada de manera expresiva y rutilante, en el Teatro Tívoli de Barcelona, cuando corría en el calendario el año 1969, en la primera parte del recital de presentación de su disco dedicado a Antonio Machado, acompañado del piano de Miralles .

Canción de amor a un instrumento esencial para el cantautor, con el que se fotografía en una portada icónica en otro de sus primeros discos, fechado en 1966, que incluía «Cançó de matinada», «M'en vaig a peu», «Paraules d'amor» y «Les sabates». Serrat construyendo su imagen, mirando a cámara con su guitarra y el detalle de los pies descalzos. Solo un año más tarde, en 1967, publica un disco sencillo con «La tieta» y «Cançó de bressol», dos canciones determinantes en su trayectoria, sobre todo a nivel expresivo. La fotografía no es de estudio. A Serrat ya le han crecido las patillas. La camisa abierta denota cierta inclinación pop. En este caso sostiene la guitarra como si la estuviera tocando en un entorno marino

que ya está cargado de mediterraneidad. El acorde que toca Serrat es el Sol Mayor 7.^a, el 5.º acorde de la escala de Do, que entronca con la música tradicional y en concreto con la jota aragonesa que recorre el estribillo popular de la «Cançó de bressol».

La guitarra está muy presente en algunas de esas primeras portadas. También en sus apariciones en directo hasta que su evolución como intérprete a la manera del torrencial Jacques Brel le haga ir dejando de lado la estética de cantautor con guitarra y buscar el lenguaje de las manos y la expresividad del «animal escénico» que abarca las formas de la copla y de la canción francesa. Todo eso requiere tiempo. Pero antes del verbo, de la palabra, del verso está la guitarra que le regaló su padre, el anarquista y lampista Josep Serrat, cuando le rondaban los sueños propios de la adolescencia. Esa guitarra que fue desgastándose con el paso del tiempo y con la entrada del cantautor en la edad adulta. A la manera de aquella imploración de Yupanqui titulada «Guitarra, dímelo tú» o de aquella machadiana «Guitarra del mesón» a la que también cantará, Serrat interpela en «Una guitarra», canción con la que se despide de los escenarios, al instrumento, lo humanizaba en versos tempranos y le llamaba compañero fiel que no le engaña, que canta cuando él canta y llora con él:

Ara sé d'un company que mai no enganya,
que quan m'ompli de goig cantarà amb mi, amb mi.
Ja tinc un amic fidel, pobra guitarra,
canta quan canto jo i plora sempre amb mi.

[Ahora sé de un compañero que nunca engaña,
que cuando me llene de gozo cantará conmigo, conmigo.
Ya tengo un amigo fiel, pobre guitarra,
canta cuando canto yo y llora siempre conmigo.]

Serrat yéndose con la última de sus guitarras, y su taburete de Bocaccio como parte inconfundible de su atrezzo. Esa guitarra de cantautor tradicional, de acordes muy sencillos, de la que luego fue alejándose para tornarse intérprete expresivo de sus canciones y romper con la imagen del cantautor al uso, de guitarra y voz, esté-

tica de los primeros tiempos, de Els Setze Jutges y de la Nova Cançó. La guitarra proverbial, seminal, luego diluida por los arreglos barrocos de Miralles, por lo instrumental, por la fuerza melódica que imprimió a su cancionero. «Una guitarra» para decir adiós. Serrat y su guitarra. Como antaño. El hombre y la guitarra. La sencillez misma de volver a ser, al borde mismo de los ochenta, aquel joven tímido y melancólico que el locutor Salvador Escamilla recibió en su estudio de Radio Barcelona cuando comenzó la leyenda. Todo tiene un comienzo y un final. Un círculo que ha de cerrarse para que el relato primorosamente urdido encaje armoniosamente en la vertiginosa vida del artista itinerante.

Salvador Escamilla, Quico Sabaté y Joan Ollé en el recuerdo del cantautor. También su familia, tan determinante en su quehacer, en su cotidianidad de hombre de a pie. Serrat yéndose, pero quedándose. Huyendo de la nostalgia excesiva. Cantando por última vez «Mediterráneo», «Cantares», «Cançó de matinada» o «Paraules d'amor». Himnos resonantes en dos lenguas distintas. El adiós de Serrat. El nudo en la garganta. La obra que queda en la totalidad de su discografía, en esa «catedral de canciones», como supo definirla Joan Barril.

Canción de cuna que me hablaba

«Cancó de bressol»

(1966)

«Se sabe que nacemos» escribió Pablo Neruda en su poema «Los nacimientos». Una mujer se dispone a parir y alrededor de ese hecho concreto sucede la posguerra, tiempo de escasez, de estraperlo, de miseria moral e incertidumbre. Ella se llamaba Ángeles, ama de casa, y él Josep, de profesión lampista a cargo de Catalana de Gas. Ambos dieron luz a un hijo. Así lo cantaba Serrat en «Cançó de bressol»:

L'amor d'un home ja ens havia unit
abans d'aquell matí d'hivern en què vaig néixer...

[El amor de un hombre ya nos había unido
antes de aquella mañana de invierno en la que nací...]

Mañana gélida del 27 de diciembre. Invierno retador y represión franquista cuando en el calendario agonizaba el año 1943. Ángeles procedía de tierras aragonesas. Su castellano era claro y eufónico. La ascendencia aragonesa de su madre es fundamental

para comprender el bilingüismo de Serrat, que por un lado se expresa con toda naturalidad en castellano y por otro escucha catalán en boca de su padre Josep. El cantante bilingüe será consecuencia de ese doble origen lingüístico, de su crianza en el Poble Sec, de su pertenencia a la comunidad charneca y de sus relaciones con la cultura castellana, sin que eso mengüe un sentido de la catalanidad que nunca fue excluyente.

La señora Ángeles llevaba el peso de aquella casa umbría del barrio barcelonés del Poble Sec que supo vestir de ternura, tal como cantó Serrat en «Mi niñez». Traía consigo la adustez del paisaje aragonés, de aquel Belchite que todavía hoy conserva las ruinas de la Guerra Civil, las sacudidas de aquel tiempo ominoso que lo convirtió en un pueblo espectral de iglesias masacradas por las bombas y de calles llenas de escombros. Como ha escrito Stéphane Michonneau:

La ola de violencia que se abatió sobre este pueblo aragonés fue excepcional desde muchos puntos de vista: en pocos años, Belchite conoció tres oleadas de represión, una batalla que echó abajo la mayor parte de sus edificaciones, el éxodo y empobrecimiento extremo de sus habitantes y una reconstrucción lenta y penosa, el uso sistemático del trabajo forzoso, la proscripción y el exilio de muchos de sus habitantes y la emigración¹.

La familia materna de Serrat fue víctima de la Guerra Civil. Mataron a su abuelo, que era secretario del juzgado, y también a su abuela junto a treinta familiares más. El cantautor ha evocado el primer día que fue a Belchite, con cinco o seis años, de la mano de su madre en el tren de Utrillas. El niño Serrat contempló entonces una acequia, una iglesia derruida y apenas un par de calles más, e hizo a pie el trayecto que iba desde el pueblo a la tahona, adonde compraba el pan.

El escritor Manuel Vicent supo contar aquella historia en la que Serrat rebuscó con gran lirismo y sentimiento de pertenencia y de raíz cuando surcaba la veintena y escribió su «Cançó de bressol», una canción sobre el propio desgarramiento familiar de aquellos familiares que murieron y mataron en la guerra:

Belchite fue tomado por los dos bandos de la Guerra Civil, ganado y perdido tabique a tabique con la bayoneta desnuda. Poco antes de iniciarse la última batalla, unos padres mandaron a su hija, una niña llamada Ángeles, que fuera a decirles a sus tíos que estaban entrando en el pueblo los nacionales, pero cuando llegó a casa de sus tíos, los nacionales ya los habían fusilado, a ellos y a otros parientes. La niña volvió a su casa y se encontró con que sus padres también habían sido asesinados. Viéndose sola con toda su familia exterminada comenzó a correr bajo el fuego, dejó el pueblo atrás, atravesó la llanura, se perdió por los montes y no cesó de caminar junto a los bruñidos raíles del tren hasta llegar a Barcelona. Años después esta adolescente se casó con un anarquista catalán represaliado, que se llamaba Josep Serrat; la pareja vivió en el Poble Sec entre gente vencida y allí les nació un niño, que con el tiempo sería un insigne artista muy famoso...².

Serrat ideó y presentó en los eufóricos albores de los noventa el programa *La radio con botas* en el que, con guion de Joan Ollé, desmenuzó la memoria popular, la historia y también la intrahistoria de los años que siguieron al final de la Guerra Civil. Cuando le tocó el turno a 1943 hizo referencia al No-Do omnipresente en aquella época de la primera posguerra —y de Guerra Mundial—, al hambriento Carpanta* del historietista Escobar y al cine como refugio pese al olor a desinfectante marca Zotal, tal como ya había cantado en «Los fantasmas del Roxy». En la retransmisión hizo sonar «Toda una vida», canción del compositor cubano Osvaldo Farrés, escrita ese mismo año de 1943, y popularizada por Antonio Machín. También sonó «Raska-Yú», hito canoro de temática necrófila de aquel año 1943, en la voz de Bonet de San Pedro. Aquel foxtrot se dio de bruces con los censores del franquismo triunfante pues creyeron ver en ella alusiones al mismísimo caudillo. Bonet de San Pedro fue parte de la banda sonora que de manera casi inconsciente empapó la niñez de Serrat, quien terminó interpretando

* El personaje se crea en 1947 aunque Serrat prefiere citarlo como parte del contexto de su nacimiento.

«Carita de ángel» en un homenaje que en 1984 se le dedicó al cantante mallorquín en su propia tierra.

La copla recorre aquellos años de posguerra en los que crece el cantante y que será una influencia decisiva para el propio Serrat que, sin duda, lleva la tonadilla impresa en su garganta y en su memoria musical. En 1944, Concha Piquer graba el «Romance de la otra», escrita por Rafael de León, integrante de ese trío trascendental que Serrat citaba en su elocuente retrato de posguerra que fue «Temps era temps». Quintero, León y Quiroga se mezclaban en la reminiscencia evocadora del cantautor con la patria indivisible del régimen franquista —«Una, grande y libre»—, las producciones cinematográficas de la Metro Goldwyn Mayer, las gomas y los lavajes contra las venéreas, que aluden a la cercanía del prostibulario Barrio Chino, los sabañones del frío y la delantera del Barça de los cincuenta.

¿De dónde viene esa pulsión por cantar, por buscar en la guitarra el milagro de una canción sobrevenida? Todo va surgiendo inesperadamente, la música escuchada en la radio en los años de penitencia del tiempo de posguerra con esa banda sonora que se iba colando en las casas, en los quehaceres domésticos y constituía la esencia de un tiempo difícil de represión y nacionalcatolicismo.

Serrat crece en el barrio obrero del Poble Sec, un puñado de casas modestas, junto al puerto, separadas del barrio chino por el Paralelo, avenida de los teatros y los *music-halls*. Es un niño feliz, pese a las circunstancias y las estrecheces. «Creo que entonces yo era feliz», canta en «Mi niñez». Como en un espejo proustiano, Serrat retrata al niño que fue a los diez años con su gato en esa canción confesional que es «Mi niñez»; y también al adolescente de quince años cuando entona «Paraules d'amor»; y luego, al joven de veinte años en ese himno de juventud rebosante que es «Ara que tinc vint anys».

Serrat cursó el bachillerato elemental en el Instituto Milá i Fontanals de la calle Canuda de Barcelona y el superior en la Universidad Laboral de Tarragona. Antes de tomar la decisión de dedicarse a la música y de abandonar su futuro profesional como perito agrónomo, Serrat forma un conjunto musical con tres compañeros y amigos de la mili, Joaquim Nogués, Manel Anoro y Jordi Rome-



La primera fuente musical de Serrat es la copla, en concreto Concha Piquer y el terceto formado por el músico Manuel López Quiroga [*centro*] y los poetas letristas Rafael de León [*izq.*] y Antonio Quintero [*der.*], a los que menciona en «Temps era temps» (Concha Piquer junto a Quintero, León y Quiroga; ca. 1950).

va. Antes de ese hecho concreto, de aprender a tocar la guitarra con un instrumento de otro, está ese momento fundamental en el que su padre ahorra para regalarle una guitarra, su primera guitarra. A Serrat se le quedaría grabada la imagen de su padre con su traje de faena azul marino entrando en casa con la maleta de herramientas en una mano y en la otra sosteniendo su flamante guitarra de la que entreveía el clavijero.

La música empezó como una afición, sin otra pretensión que la de divertirse tocando en aquel grupo. Se trataba de una formación clásica con dos guitarras, bajo y batería. Entre las canciones que solían tocar había algo de Paul Anka y también canciones italianas y francesas entre las que no podía faltar «Ma vie» de Alain Barrière; lo que ya muestra desde sus primeros tanteos musicales su gusto por los franceses. Aquel grupo no podía permanecer ajeno al impacto de Los Beatles, un grupo que determina la música pop de los años sesenta. Son los años del desarrollismo en una España que

quiere dar señales de apertura tras la autarquía predominante en los años cincuenta. Serrat es consecuencia de toda esa efervescencia musical de los sesenta, que llegó tanto de Francia como de América o del Reino Unido.

El año 1966 en el que Serrat empieza a despuntar es un año clave en la historia de los Beatles, tal como Steve Turner narró en su libro *Beatles' 66 The revolutionary year*. Todo está, aunque no lo parezca, íntimamente conectado. Albert Mallofré, periodista musical de *La Vanguardia*, lo tuvo claro desde el principio, y a propósito del segundo EP* de Serrat escribió en la revista *Destino*:

Hay en este muchacho una gran fuerza contenida, un gran corazón controlado por la inteligencia, una expresividad comunicativa y un léxico directo, incisivo y restallante, al servicio siempre de una idea clara y definida. Decididamente, creo que Joan Manuel Serrat está en la buena órbita³.

Pocos supieron analizar con semejante criterio la evolución de Serrat en los años sesenta y setenta como lo hizo Mallofré en las páginas de *La Vanguardia*. Siempre defendió y comprendió cada paso que dio el cantautor y lo ensalzó con buenos argumentos.

El primer Serrat, el que se fotografía con Paco Ibáñez y Georges Brassens en el otoño de 1966, tiene más que ver con Charles Aznavour que con Brassens o Brel, aunque Brel va a ser crucial en la manera en su puesta en escena por la manera que el belga tenía de dominar la escena y decir su canción. Los Olympia parisinos de Brel, el de 1961 o 1964, son todo un tratado de canción en directo, de gestualidad, de expresividad, de dramatismo, de intensidad. Todo eso lo va a aprender muy pronto Serrat cuya categoría de animal escénico la va a subrayar el mismísimo Manuel Vázquez Montalbán cuando se adentre ensayísticamente en el fenómeno Serrat.

Brel se despedía de la escena mundial ese año de 1966. En octubre, precisamente, el autor de «Ne me quitte pas», decía adiós en

* Un EP era un disco de cuatro canciones, dos por la cara A y otras dos por la cara B.



En Serrat hay mucho del temperamento expresivo de Jacques Brel. El sentido de la escena y la independencia creativa del belga fueron siempre un espejo en el que se miró el cantautor catalán, cuya predilección hacia la canción francesa se manifiesta desde sus primeras canciones.

el Olympia. Serrat comenzaba su andadura y Brel se retiraba con un legado impresionante construido en muy poco tiempo.

En los primeros discos de Serrat, los llamados EP, Serrat muestra en las portadas su rostro aún añorado con el semblante más bien serio de quien tenía toda la canción y la vida por delante. En 1965 graba su ópera prima, por la cara A «Una guitarra» y «Ella em deixa», versiones que difieren de las que luego saldrán en elépe, y en la cara B «La mort de l'avi» y «El mocador», con el acompañamiento de una orquesta dirigida por un tal Marc Blond, tras el que se escondía Antoni Ros-Marbà en época de arreglistas camuflados bajo pseudónimos (verbigracia, Frank Ferrar que no era otro que Waldo de los Ríos y que también se cruzará musicalmente con Serrat).



Serrat, Georges Brassens y Paco Ibáñez en 1966.
Tres cantantes íntegros y claros en sus manifestaciones.

Tras ese primer disco de cuatro canciones llega en 1966 el segundo con «Ara que tinc vint anys», «Quan arriba el fred», «El drapaire» y «Sota un cirerer florit». Serrat figuraba en la portada con un rotundo primer plano, haciendo visibles sus inconfundibles lunares. En el tercer EP ya se deja ver con su guitarra, sedente, con los pies descalzos con la entrada en escena del gran Francesc Burull como arreglista, un músico polivalente, muy presente en la escena barcelonesa y adicto al jazz que imprime su sello en las primeras grabaciones de las míticas «Cançó de matinada», «Me'n vaig a peu» y «Paraules d'amor» que, junto a «Les sabates» (relectura en catalán a través de Delfí Abella de la nívea «Les souliers» de Guy Béart), formaban parte de este tercer disco del cantautor.

Ahora que tengo veinte años y siento bullir la sangre

«Ara que tinc vint anys»

(1966)

El Palau de la Música Catalana, bello edificio modernista, como escenario consagratorio aquella primavera de 1967 de quien todavía se sentía parte del latido lingüístico e identitario de la Nova Cançó y de los dieciséis jueces. Aquellos Els Setze Jutges, colectivo de cantantes fundado en 1961 por Miquel Porter i Moix, Remei Margarit y Josep Maria Espinàs. La génesis de aquel grupo estaba en un trabalenguas que comienza así: «Setze jutges d'un jutjat mengen fetge d'un penjat...», es decir, «Dieciséis jueces de un juzgado comen hígado de un ahorcado...».

Serrat sale al escenario del Palau el primer día del mes de abril. La juventud en bandolera, aire tímido, aññado, guitarra en ristre y vocación de poeta. Ese año ha grabado su primer elepé, *Ara que tinc vint anys*, en el que reunía diez canciones con letra y música propias. Antes de aquel álbum se había estrenado discográficamente en 1965 con un EP de cuatro canciones al que siguieron otros dos en 1966. Desde sus primeras grabaciones Serrat da muestras de una personalidad musical incuestionable, pero sobre todas las cosas resuena el timbre lírico en el modo de retratar, de asumir



Cubierta de *Audiencia pública* (1966), el único álbum conjunto de Els Setze Jutges. La Nova Cançó representaba la rebeldía y la reivindicación de la identidad. Serrat, El *jutge* número 13, destacó, indudablemente, como verso libre y bilingüe del movimiento.

tempranamente añoranzas y de recorrer su barrio con la mirada puesta en los personajes que lo habitan.

Aquellas primeras canciones habían encontrado difusión radiofónica gracias al locutor Salvador Escamilla, que fue como un padre musical para Serrat en su mítico programa *Radioscope* de Radio Barcelona. El cantautor tendrá siempre presente a su descubridor radiofónico ya que le dio la oportunidad de cantar en público por primera, segunda y tercera vez. Sin esas primeras oportunidades no hubiese venido todo lo que vino después.

El relato musical tendría que empezar en ese minúsculo despacho en el que Escamilla recibe a Serrat que llega al estudio hecho un manojo de nervios, acompañado de su guitarra. A ese encuentro le animó su amigo Jordi Romeva con quien había formado un grupo musical titubeante. Las amistades cruciales que también a su manera contribuyen con su aliento y confianza a los momentos decisorios de una vida. Serrat le cantó a Escamilla algunas de sus primeras canciones, propias todavía de alguien en construcción. Sonaron, entre otras, «El mocador» o «Ella em deixa». Escamilla le observó con atención y le citó en el programa de manera casi inmediata para cantar en directo en el estudio Toresky un 18 de febrero de 1965. De esa primera actuación hay hasta testimonio fotográfico con Serrat de perfil y de pie, con su guitarra, entonando una de sus canciones. He aquí el valor de los encuentros determinantes. El encuentro de Serrat con el locutor de Radio Barcelona o el que tendrá con Lasso de la Vega o el que le unirá a Ricard Miralles en esos años sesenta tan absolutamente trascendentales. Sin esos encuentros Serrat no hubiese sido el que fue.

Escamilla le da esa oportunidad radiofónica que va a catapultarle y va a conectarle con una audiencia progresivamente más masiva. Al tiempo que eso sucede Serrat entra en Els Setze Jutges donde es admitido como miembro número trece, con debut en el escenario de L'Avenç de Esplugues de Llobregat un cuatro de mayo de ese año crucial de 1965 en el que pasan muchas cosas en la música pop mundial. A partir de ese mismo momento todo va muy rápido, publicación incluida del primer EP, *Joan Manuel Serrat (Els Setze Jutges)*, con cuatro canciones, hasta la concreción de un primer disco de larga duración en donde muy pronto da un salto cualitativo porque «La tieta» ya es una canción extraordinaria de quien no tantea ni titubea, sino que se revela precozmente como un cantautor trascendente, un joven que es capaz de decir cosas como si fuera un viejo sapiente.

Serrat con el pelo corto, muchacho tímido abrazado a su guitarra, con voz ya trémula y una poesía absolutamente distintiva y rompedora, con una capacidad encomiable para describir situaciones, personajes, paisajes y sentimientos. El joven Serrat que conoce al músico Josep Maria Andreu en el restaurante El Canari de la